

**Escuela femenina de Doña Piedad. Talavera la Real (Badajoz)**  
**Dos hermanas immortalizadas en una estampa escolar**

**Doña Piedad and her school for girls. Talavera la Real (Badajoz)**  
**Two sisters immortalized in a school picture**

---

**Valeriano Durán Manso**  
**Universidad de Sevilla**



La fotografía que se presenta está tomada en la Escuela Unitaria de Niñas número 2 de la localidad pacense de Talavera la Real, conocida popularmente por los alumnos y vecinos, aún a día de hoy, como ‘La escuela de Doña Piedad’, durante el curso académico 1958-59. En la imagen aparecen dos niñas, y también hermanas, María de los Ángeles y Rosa María del Sagrario Manso Amarillo, de doce y cinco años de edad, respectivamente. Con motivo de la visita de un fotógrafo durante una mañana de junio de 1959, ambas se encuentran en la única aula que tenía la escuela: la primera, sentada, posando con un lápiz y un cuaderno entre las manos, y la segunda, de pie, sujetando esa misma libreta. Para la ocasión, el visitante colocó un fondo especial, típico de las fotografías escolares de la época, en lugar de elegir otro quizá más adecuado como el habitual mapa de España, o la pizarra, y dispuso sobre la mesa una serie de libros, cuadernos y material

educativo para reforzar el carácter escolar de la fotografía. La niña mayor, María de los Ángeles, mira a la cámara decidida y sonriente, mientras que la menor, más tímida, coloca su pequeña mano sobre el hombro de su hermana como si necesitara sentirse segura para mirar al objetivo. Por este motivo, se muestra temerosa y su mirada encierra una mezcla de incertidumbre, desconfianza y asombro que no se escapan a la lente del fotógrafo. El motivo de dos actitudes tan opuestas es que la niña de la izquierda era la mayor de la escuela, y, por ello, presenta el desparpajo típico de las adolescentes de su edad, y la de la derecha, la más pequeña, y esto explica que su pose sea más cohibida. Sin embargo, ambas estudiaban juntas en la misma escuela y con la misma maestra, algo muy habitual en una época en la que la enseñanza estaba estrictamente segmentada en sexos, pero no necesariamente en edades.

La maestra que dirigía esta escuela era Doña Piedad Lozano Guerra, que era natural de Salamanca, y acogía en ella a unas sesenta niñas, todas vecinas de la localidad y de edades comprendidas entre los seis y los catorce años. Ante la inexistencia de educación para párvulos en Talavera la Real, había padres que apuntaban a sus hijas a esta escuela a partir de los cuatro años, como era el caso de Rosa María, quien aprendió a leer y a escribir al mismo tiempo que su hermana resolvía raíces cuadradas. Lo más curioso y, quizá, enriquecedor de esta escuela, femenina, católica, y franquista, era la capacidad de la maestra para establecer varios niveles de enseñanza dentro de su elevado número de alumnas, y, en consecuencia, cómo las más pequeñas admiraban el desarrollo y la desenvoltura de las mayores, y, también, cómo éstas contemplaban la forma en que las primeras empezaban a descubrir las letras y los números. Todas las materias impartidas por Doña Piedad aparecían en la Enciclopedia Álvarez de primero, segundo y tercer grado, una auténtica biblia del sistema educativo de la época donde las alumnas aprendían desde materias como lengua, matemáticas, ciencias naturales, geografía o historia de España, hasta cuestiones de formación católica o de ética social. Además, las niñas también leían unos libros llamados manuscritos, que según su complejidad se dividían en tres niveles acorde a la edad de cada una de ellas, en los que había lecturas diferentes para que se fueran familiarizando con distintos tipos de letras y formas de expresión escrita. Una vez que se superaban estos grados, las más mayores podían leer a continuación, y bajo la recomendación y supervisión de Doña Piedad, obras de mayor enjundia y complejidad de la literatura, siempre española, como, por ejemplo, Don Quijote de la Mancha o Lazarillo de Tormes.

Rosa María, que en el momento en el que se tomó la fotografía llevaba en su pequeño cabás la cartilla para aprender a leer, que podía ser de primero, segundo y tercer grado, recuerda que las clases se desarrollaban en horario de mañana y de tarde de lunes a sábado, aunque los miércoles no había clases en la franja vespertina, y que a partir de junio sólo se impartían por las mañanas. Debido al diferente tipo de educación que recibían los niños y las niñas, Doña Piedad dedicaba la tarde del sábado a enseñar a coser a sus alumnas y, además, a rezar con ellas el rosario; sin duda, una prueba de que la mujer era educada desde niña para desempeñar labores domésticas, ya que el papel de madre y esposa era el que debía desempeñar en un futuro, y, cómo no, que dado el sistema político en el que se enmarca la fotografía, la educación que se impartía era eminentemente católica. La formación religiosa constituía un pilar muy importante en la etapa franquista

y, prueba de ello, es que durante el mes de mayo, dedicado a la Virgen María, se rezaba el rosario en el aula todas las tardes y la maestra enseñaba a sus pupilas versos para recitar a la Virgen. Asimismo, Doña Piedad era también la encargada de preparar el catecismo a las niñas que iban a hacer la Primera Comunión, y desarrollaba esta función mientras ponía tareas al resto de alumnas, tanto a las que ya la habían hecho como a las que aún no. De esta manera, la inmersión en el catolicismo a través de la transmisión de las primeras oraciones tenía lugar en el aula de una escuela que debido a su carácter unitario se convertía en un espacio donde la enseñanza académica iba de la mano de la formación religiosa y social que dictaban los cánones del sistema político de la época. Esta labor de catequista se extendía también a la celebración de otro sacramento como la confirmación de la Fe, pues la docente preparaba a las chicas para ello y después solía actuar como madrina de cada una de ellas cuando el obispo visitaba la Iglesia del pueblo para confirmarlas.

En este sentido, Rosa María apunta que Doña Piedad era una maestra muy implicada con las alumnas, exigente y recta, y considera que aunque no le gustaba estudiar, ir a la escuela le motivaba porque suponía arreglarse para ir allí, estar con las compañeras de clase, y, en definitiva, socializar y aprender con ellas. Como anécdota, recuerda que un día Doña Piedad llevó a las alumnas en horario escolar al cine del pueblo, conocido como el cine de Regino, un negocio desaparecido en la actualidad pero del que aún se mantiene el edificio en la Plaza de San José, para ver una de las adaptaciones fílmicas realizadas sobre la obra *Don Quijote*. Esta actividad de carácter didáctico, quizá de las pocas que se realizaban en estos años, servía para que el alumnado viera en la gran pantalla lo aprendido a través de la literatura, y pone de manifiesto la estrecha relación existente entre el aula y el cine a la hora de completar, y complementar, los contenidos de las materias académicas. Del mismo modo, esta antigua alumna también rememora que durante el rato que diariamente se dedicaba al recreo, normalmente a media mañana, tomaba con sus compañeras leche y queso que les proporcionaba la maestra, y que a su vez le dispensaba el Ministerio de Educación, y que cada niña llevaba de su casa el vaso y el azúcar para poder disfrutar de este necesario tentempié.

El edificio que ocupaba la escuela de Doña Piedad era una casa antigua de dos plantas y techos abovedados, ubicada en el número 46 de la Avenida de Portugal, la prolongación de la Avenida del General Yagüe, que era la principal del pueblo al ser la travesía de la carretera nacional Madrid-Badajoz. La parte de abajo correspondía a la vivienda de la maestra y de su familia, mientras que la de arriba estaba ocupada en su totalidad por una única aula, algo muy típico en las escuelas unitarias. No obstante, cuando los actuales propietarios de la casa, ahora situada en la Avenida de Extremadura debido a los típicos cambios de nombre realizados en las calles del municipio tras el franquismo, la adquirieron en 1990, decidieron dejar la pizarra en el mismo sitio donde se encontraba originalmente, es decir, en el piso superior, para mantener vivo el verdadero origen de su hogar; un elemento histórico-educativo que ha sido utilizado posteriormente por sus dos hijas para estudiar. Por otra parte, la casa contaba con un amplio patio donde las niñas podían pasear durante el recreo y jugar a diversos juegos tradicionales destinados únicamente a chicas, aunque, como expresa Rosa María, la mayor parte de este breve tiempo lo dedicaban al refrigerio para poder continuar inmediatamente con las clases.

En Talavera la Real había tres escuelas unitarias femeninas y otras tres masculinas. Las maestras de las otras escuelas femeninas que, además, se encontraban muy cerca de la anterior, eran la de Doña María Herrera, y la de Doña Eulalia, mientras que los encargados de las masculinas eran Don Antonio Turzas, Don Jerónimo Buencuerpo, y Don Modesto. Asimismo, el marido de Doña Piedad, Don Crispulo Martín, preparaba tanto a niños como a niñas para las pruebas de ingreso al bachillerato elemental y superior, una fase preparatoria imprescindible para aquellos que quisieran completar su formación académica y desearan acceder a los estudios superiores. Después de la etapa escolar, los padres que querían que sus hijos siguieran estudiando los enviaban a Badajoz, situada a 18 kilómetros del municipio, para que pudieran cursar ambos bachilleratos, o para que realizaran alguna titulación universitaria, tarea que podían iniciar también en Sevilla, Salamanca o Madrid, que eran los destinos elegidos por la mayoría de los estudiantes que se decantaban por la Universidad debido a una cuestión de proximidad geográfica. Las escuelas unitarias fueron desapareciendo a partir de la década de los setenta con la instauración de la Educación General Básica (EGB), aunque los edificios que las albergaban continuaron siendo las residencias de los maestros durante más tiempo. En Talavera la Real se construyó el Colegio Público San José, en honor del patrón local, y desde este momento la enseñanza dejó de estar segregada por sexos al convertirse en mixta, se organizó por grupos de edad, y los alumnos empezaron a contar con varios profesores en función de las materias, aunque al llegar a 8º curso de EGB tuvieron que seguir trasladándose a Badajoz para poder continuar con su formación. Esta situación se mantuvo hasta hace relativamente pocos años, en concreto en 1999, cuando se inauguró en la localidad el Instituto de Educación Secundaria (IES) Bachiller Diego Sánchez, nombre elegido en homenaje a un escritor local del siglo XVI.

Con el propósito de recuperar la memoria de la escuela y, además, de poner en valor el importante patrimonio histórico educativo que representan las fotografías escolares, la asociación local Foro de Talavera, por iniciativa de uno de sus miembros, Antonio Gómez -persona muy vinculada a la historia, la tradición y las costumbres de este municipio pacense-, organizó entre los días 13 y 22 de marzo de 2009 una exposición con fotografías escolares antiguas y material escolar en la Casa de Cultura de Talavera la Real. La muestra tuvo un rotundo éxito y contó con la participación de numerosos vecinos del pueblo que decidieron prestar para la ocasión sus fotografías tomadas en la escuela, y que, en extensión, aportaron a través de ellas buena parte de su historia educativa, personal, y emocional para que los asistentes pudieran ver cómo era la enseñanza en otras épocas. Sin duda, resultó una experiencia muy agradable para los organizadores, entre quienes también se encontraban otros estudiosos locales como Manuel Acedo, Daniel Gómez Valle, José Codosero, María José Gómez Monterrey y María del Carmen Cansado, pero, sobre todo, para los asistentes, quienes pudieron ver en las imágenes cómo eran de niños sus padres y sus abuelos; el tipo de material con el que se estudiaba antes; cómo eran las aulas a nivel estético; y, en definitiva, cómo era la educación durante los distintos periodos históricos, políticos y socioculturales del siglo XX a través de las fotografías, un documento gráfico de importante valor por su carácter duradero en el tiempo y su capacidad para inmortalizar cada momento.

Fotografías como las de estas dos hermanas, María de los Ángeles y Rosa María, similares a las que formaron parte de la citada exposición, demuestran que para entender el presente escolar y poder enfrentarnos a un incierto futuro marcado por la aplicación de diversas tecnologías en el aula, es necesario conocer el pasado, mucho más precario en medios pero repleto de ilusión y de emociones, porque nos ayuda a descubrir, a analizar, a profundizar, y a admirar un camino de vida tan imprescindible como es el de la educación, donde los sentimientos y el aprendizaje van unidos a la memoria.